

NAPOLÉS FAJARDO, JUAN CRISTÓBAL (1829-1861)

POEMAS

ÍNDICE:

EL AMANTE DESPRECIADO  
HATUEY Y GUARINA  
EL AMANTE RENDIDO  
LA RIBEREÑA DEL HORMIGO  
AL MONTE TURQUINO  
LA PRIMAVERA  
LOS INDIOS DE CUEIBA  
A RUFINA  
A LA MEMORIA DE HATUEY  
A RUFINA. INVITACIÓN SEGUNDA

EL AMANTE DESPRECIADO

Por la deliciosa orilla  
Que el Cauto baña en su giro  
Iba montado un guajiro  
Sobre una yegua rosilla:  
Una enjalma era su silla  
Trabajada en Jibacoa,  
De flexible guajacoa  
Llevaba en la mano un fuste,  
Y puesto al cinto un machete  
De allá de Guanabacoa.

Fuera de sus pantalones  
Mecíale la fresca brisa,  
Las faldas de su camisa  
Guarnecida de botones.  
Llevaba unos zapatones  
De pellejo de majá,  
Flores de Guatapaná  
En la cinta del sombrero,  
Y era el tal hombre un veguero  
De las vegas de Aguará.

Embelesado del río  
En la corriente de plata

De una guajirita ingrata  
Recordó el infiel desvío:  
Su ademán era sombrío  
Y triste aquella ocasión;  
Y herido su corazón  
De mal vengados agravios,  
Se escapó de entre sus labios  
El nombre de Concepción.

Conchita fue la que un día  
Debajo de unos ciruelos  
Puso fin a sus desvelos  
Diciendo que lo quería.  
"Tuyo será, le decía,  
Mi dulce y primer besito"  
Pero ésta que amor bendito  
juró en pláticas sucintas,  
Tuvo dos caras distintas  
"Como la hoja del caimito"

Su pobre amante rendido  
Que se llamaba Apolonio,  
Se entregó como un bolonio  
A aquel amor fermentado.  
Otro joven del partido  
Por su Conchita suspira,  
Y ella ardiendo como pira  
Entregóse a sus halagos,  
Cual se rinde a sus estragos  
Del huracán la gejira.

Era Concha una beldad  
Donosísima aunque pobre,  
Como la que está en el Cobre  
Virgen de la Caridad;  
En lo mejor de su edad  
Silvestre flor peregrina  
Su boca dulce y divina,  
Húmedos sus labios rojos,  
Y seductores sus ojos  
Como los de mi Rufina.

Por eso el que la adoraba  
Aspirando ser su esposo,  
Buscó su rival dichoso  
Que Camilo se llamaba.

A la sombra de una yaba  
Se vieron los mozalbetes  
Y entre dimes y diretes  
Rencorosos se injuriaron,  
Y al punto desenvainaron  
Sus relucientes machetes.

Camilo quedó vencido  
Con una herida en el pecho  
Y Apolonio satisfecho,  
De emigrar tomó el partido  
Descarriado, perseguido  
De la justicia severa,  
Del Cauto por la ribera  
Se alejaba lentamente,  
Y con voz triste y doliente  
Cantaba de esta manera:

"Adiós, ingrata beldad,  
Coqueta sin sentimiento  
Y voluble como el viento  
Que vaga en la inmensidad,  
Tu inesperada crueldad  
De furor mi sangre enciende;  
Te amé como aquél entiende  
Del amor la santa ley,  
Como quiere el curujey,  
Al árbol donde se prende.

"Cifré en tu amor mi ventura  
Soñé mil veces contigo,  
Y en mi corazón di abrigo  
A la esperanza más pura.  
Tú con fingida ternura  
Diste fin a mí pesar,  
Me juraste idolatrar  
Con firme constancia en suma  
Y fue tu amor cual la espuma  
Que forma el viento en el mar.

"Por ti, perjura hechicera,  
Abandona este cubano  
La alegre choza de guano  
Donde vio la luz primera.  
No alces luego lastimera  
La voz pidiendo perdón

Pues no soy en la ocasión  
Ni tu amante ni tu amigo,  
Ni quiero cantar contigo  
Debajo del marañón.

"Adiós; y ya roto el hilo  
De mi amor en mil pedazos  
Vive feliz en los brazos  
De tu amoroso Camilo.  
Yo voy a buscar asilo  
Al pueblo de Camagüey,  
Y ojalá, mujer sin ley,  
Que pese a tu dulce arrobó,  
Te suceda como al jobo  
Cuando le enreda el jagüey."

Dijo: y dando a su rosilla  
Unos cuantos latigazos,  
Se perdió entre los ramblazos  
Que hay de aquel río en la orilla  
De una elevada llanilla  
Susurró la ramazón,  
Del céfiro al bando son,  
Los guáranos se mecieron  
Y los montes repitieron  
El nombre de Concepción.

#### HATUEY Y GUARINA

Con un cocuyo en la mano  
Y un gran tabaco en la boca,  
Un indio desde una roca  
Miraba el cielo cubano.  
La noche, el monte y el llano  
Con su negro manto viste,  
Del viento al ligero embiste  
Tiemblan del monte las brumas,  
Y susurran las yagrumas  
Mientras él suspira triste.

Lleva en la frente un plumaje  
Morado como el cohombro,  
Y el arco que tiene al hombro  
Es un vástago de aicuaje.

Aunque es un pobre salvaje  
Y angustia cruel lo sofoca,  
Desde aquella esbelta roca  
Donde gime sin consuelo,  
Los ojos fija en el cielo  
Y a Dios en su ayuda invoca.

Oye el rumor de los vientos  
En los atejes erguidos,  
Oye muy fuertes crujidos  
De los cedros corpulentos:  
Oye los tristes acentos  
Del guabairo en el corajo,  
Y mientras su acerbo enojo  
Reprime con gran valor,  
Siente a sus pies el rumor  
De las aguas del Cayojo.

Un silbido se escapó  
De sus labios, y al momento,  
Con pausado movimiento  
Una indiana apareció.  
Cuando a la roca subió  
El indio ante ella se inclina,  
Fue su frente peregrina  
El imán de su embeleso,  
Oyóse el rumor de un beso  
Y la dijo: - ¡adiós, Guarina!

-¡Oh! no, mi bien, no te vayas,  
Dijo ella entre mil congojas,  
Que tiemblo como las hojas  
De las altas siguarayas.  
Si abandonas estas playas  
Si te separas de mí,  
Lloraré angustiada aquí  
Cuando tu nombre recuerde  
Como el pitirre que pierde  
Su nido en el ponasí.

¿Qué será de tu Guarina  
Sin tu amor, sin tu ternura?  
Flor del guaco en la espesura,  
Palma triste en la colina,  
Garza herida por la espina  
Del yamaqüey en la rama

Y cual la triste caguama  
Que a los esteros se zumba,  
Lloraré y será mi tumba,  
La Ciénaga de Virama.

Oyó el indio enternecido  
Tan triste lamentación,  
Palpitó su corazón  
Y se sintió conmovido.  
Ahogó en su pecho un gemido  
La viramesa infelice,  
Y el indio que la bendice  
Y más que nunca la adora,  
Las blancas perlas que llora  
Enjuga tierno y la dice:

-¡Oh Guarina! Ya revive  
Mi provincia noble y bella,  
Y pisar no debe en ella  
Ningún infame caribe.  
Tu ardiente amor no me prive,  
Mi Guarina, de ir allá.  
Latiendo mi pecho está  
Y mi sentido se inflama,  
Porque a su lado me llaman  
Los indios de Guajapá.

Yo soy "Hatuey", indio libre  
Sobre tu tierra bendita,  
Como el caguayo que habita,  
Debajo del ajenjibre.  
Deja que de nuevo vibre  
Mi voz allá entre mi grey,  
Que resuene en mi batey  
El dulce son de mi guamo  
Y acudan a mi reclamo,  
Y sepan que aún vive Hatuey.

¡Oh Guarinal ¡Guerra, guerra.  
Contra esa perversa raza,  
Que hoy incendiar amenaza  
Mi fértil y virgen tierra,  
En el llano y en la sierra  
En los montes y sabanas.  
Esas huestes caribanas  
Sepan al quedar, deshechas,

Lo que valen nuestras flechas,  
Lo que son nuestras macanas.

Tolera y sufre, bien mío,  
De tu fortuna el azar,  
Pues también sufro al dejar  
Las riberas de tu río.  
Siento dejar tu bohío,  
Silvestre flor de Virama,  
Y aunque mi pecho te ama,  
Tengo que ser ¡oh dolor!  
Sordo a la voz del amor,  
Porque la patria me llama.

Así dice aquel valiente,  
Llora, suspira, se inclina,  
Y a su preciosa Guarina,  
Dio un beso en la tersa frente.  
Beso de amor, beso ardiente;  
Sublime, sonoro y blando,  
Y ella con otro pagando  
De su amante la ternera  
Alzó la negra cabeza  
Y le dijo sollozando:

-Vete, pues, noble cacique,  
Vete, valiente señor,  
Pues no quiero que mi amor  
A tu patria perjudique;  
Mas deja que te suplique;  
Como humilde esclava ahora,  
Que sí en vencer no demora  
Tu valor, acá te vuelvas,  
Porque en estas verdes selvas,  
Guarina vive y te adora.

-¡Sí! volveré, ¡indiana mía!  
El indio le contestó,  
Y otro beso le imprimió  
Con dulce melancolía.  
De ella al punto se desvía,  
Marcha en busca de su grey,  
Y cedro, palma y jagüey  
Repiten en la colina,  
El triste adiós de Guarina,  
El dulce beso de Hatuey.

## EL AMANTE RENDIDO

Por la orilla floreciente  
Que baña el río de Yara,  
Donde dulce, fresca y clara  
Se desliza la corriente,  
Donde brilla el sol ardiente  
De nuestra abrasada zona,  
Y un cielo hermoso corona  
La selva, el monte y el prado,  
Iba un guajiro montado  
Sobre una yegua trotona.

Joven, gallardo y buen mozo,  
A su rostro esa ocasión  
Daba lánguida expresión  
Su negro y naciente bozo:  
Un enorme calabozo  
Puesto en el cinto llevaba  
Y mientras que contemplaba  
Los bellos ramos de flores,  
Sus mal gozados amores  
El infeliz recordaba.

Amaba a la bella Eliana  
Con entusiasmo y ardo,  
Y era esta joven la flor  
Más preciosa de Vicana.  
También la linda cubana  
Con esa magia divina,  
Lo amaba constante y fina  
Con ese amor dulce y bueno  
Que yo descubrí en el seno  
De mi cándida Rufina.

La supo el guajiro amar  
De mala idea desnudo,  
Pero era pobre y no pudo  
Llevarla al pie del altar.  
Por eso con gran pesar  
Se alejaba de su lado,  
Y al soportar resignado  
Su profundo sentimiento,



Al compás del blando viento  
Así cantaba angustiado:

- "Hoy que la suerte me arroja  
Del partido en que naciste  
Y el desconsuelo más triste  
Me apesadumbra y me enoja.  
Hoy que fatal me acongoja  
El rigor del hado impío,  
Te consagro, dueño mío,  
Mis más dulces pensamientos,  
Y se pierden mis acentos  
Entre las ondas del río.

"Me abrasaron de tus ojos  
Los vivísimos destellos,  
Porque son negros y bellos  
Lo mismo que dos corojos;  
Esclavo de tus antojos  
Te adoré con frenesí,  
Y cuando amarte ofrecí  
Con ardor inextinguible,  
Fuiste a mi voz más sensible  
Que el triste moriviví.

"Con tus pupilas serenas  
Desvaneces mis agravios,  
Y son más dulces tus labios  
Que la miel de las colmenas.  
¡Oh si supieras las penas  
Que paso ausente de ti!  
Suspiro ¡ay triste de mí!  
Sollozo y nunca me alegre  
y es mi destino más negro  
Que las alas del totí.

"Ni el rústico son del güiro,  
Ni el son del tiple cubano,  
Calman el dolor tirano  
De tu infelice guajiro.  
Por ti, sin cesar suspiro  
Al emprender mi partida,  
Por ti, mi prenda querida,  
Dulce y bendita ilusión,  
Llevo triste el corazón,  
Llevo el alma adolorida.

"Te quiero como al rocío  
El lirio que el mayo dora,  
y te adoro como adora  
El pez las ondas del río;  
Yo que he nacido, bien mío,  
Entre cedros y jocumas,  
Que bajo de las yagrumas  
Adoré los ojos tuyos,  
Te quiero cual los cocuyos  
Quieren del monte las brumas.

"Pobre, muy pobre nació,  
Merced a suerte enemiga,  
y esta desgracia me obliga,  
A separarme de ti;  
Mas el ser yo pobre así  
No es cosa que me atormenta,  
Porque tengo muy en cuenta,  
Aunque mi suerte es rehacia,  
Que ser pobre es gran desgracia,  
Pero no ninguna afrenta.

"Para volver a tu lado,  
Paloma de esta ribera,  
En seca y en primavera  
Trabajaré denodado:  
Seré peón de ganado,  
En Guisa seré veguero;  
Para conseguir dinero  
Será el trabajo mi ley,  
y hasta cortaré yarey  
En Cauto el Embarcadero.

"!Adiós! El cielo permita  
Que un buen porvenir te halague  
y en tu pecho no se apague  
La llama de amor bendita.  
¡Adiós! Mi pecho palpita  
Lleno de acerbos enojos,  
De tus dulces labios rojos  
El acento oír no puedo,  
Me voy... pero esclavo quedo  
En la lumbre de tus ojos."

Así concluyó el guajiro  
Su tristísima canción  
Ahogando en su corazón  
El más amargo suspiro;  
Del agua vio el blanco giro,  
Oyó el rumor de la brisa,  
Melancólica sonrisa  
A sus labios asomó,  
Y a todo escape tomó  
El camino para Guisa.

### LA RIBEREÑA DEL HORMIGO

Joven y bella indiana  
De estas riberas  
Que vives a la sombra  
De las palmeras,  
Tú eres dichosa,  
Tierna, humilde y sensible  
Cual la tojosa.

Persiguiendo los nidos  
De los sinsontes  
Te divierte el murmullo  
De nuestros montes;  
Y alzas tu acento,  
Al rumor de las aguas,  
Y al son del viento.

Ríes hermosa y pura,  
Y te engalanas  
Con las flores que brotan  
Estas sabanas  
Y siempre tienes  
Cardosantos y lirios,  
Para tus sienas.

Sin sufrir dolorosas  
Vicisitudes,  
Vives, sueñas y gozas  
Con tus virtudes  
Y en tu memoria  
Conservas de tu patria  
La triste historia.

Suspiras dulcemente  
Las noches bellas:  
Sorprendiendo la ruta  
De las estrellas:  
Y en lontananza  
Ves relucir el faro  
De la esperanza.

Mas... ¡Oh! ¿Por qué motivo  
Bajas la vista?  
¿Cuál es la pesadumbre  
Que te contrista?  
Y tus quejidos  
¿Por qué lúgubres llegan  
A mis oídos?

¡Ah! Ya sé que en estos campos  
Que ufana admiras,  
En las noches serenas  
Tierna suspiras,  
De amor ardiente  
La bienhechora lumbre  
Quema tu frente.

Ama, sí, bella indiana,  
Que en estos montes  
Donde cantan los mayos  
Y los sinsontes,  
Cuanto se admira,  
Es sublime y hermoso,  
Y amor inspira.

En estas altas rocas  
Y babineyes,  
Sublime amor sintieron  
Los siboneyes  
Y sus amores  
Fueron puros y tiernos  
Como estas flores.

Ama, púdica indiana...  
¿No ves aquella  
Que esplende viva y pura  
Fulgente estrella?  
¡La luz que lanza

Enciende más la antorcha  
De tu esperanza!

Por las tardes serenas  
Cuando fulgura  
Prosperidad y dicha  
Siempre te augura  
Porque tú eres  
Manantial de delicias  
Y de placeres.

Alza la vista al cielo  
Y alegre canta,  
Que son dulces los ecos  
De tu garganta,  
Alma sublime,  
Desecha la amargura  
Que así te oprime

Bajo estos verdes jigües,  
Y altos corojos,  
Hija tú de la raza  
De negros ojos,  
Dulce alianza,  
Has hecho con el hombre  
De la esperanza.

Tienes alma sensible,  
Tórtola casta:  
Para ser venturosa  
Eso te basta  
Vive y espera  
Con entusiasmo santo,  
Con fe sincera.

No es ¡oh bella! el destino  
Mísera barca  
El nunca tuerce el rumbo  
Que Dios le marca.  
Ten confianza  
Que ya reluce el faro  
De la esperanza.

AL MONTE TURQUINO

Espléndida montaña,  
Que al cielo elevas tu gallarda cumbre  
Prominencia tamaña,  
Que el sol de Cuba baña,  
Con su divina y argentina lumbre.  
Sonríes primorosa,  
Cuando la brisa a refrescarte viene,  
Y ostentas majestuosa  
Tu cúspide grandiosa,  
Tu magnitud y tu verdor perenne.

Contempla en ti al Hispano  
De mil primores sin igual cotejo;  
Te bendice el cubano  
Y el Golfo Mexicano  
Sirve a tu faz de divinal espejo.  
El bello cocotero  
Gentil se mece en tu esplendente falda,  
Te admira el extranjero,  
Y ostentas al viajero  
Tu magnífica pompa de esmeralda.

Nubes de mil colores  
Descansan por la tarde en tus capullos,  
Y alegres ruisseñores  
Saltan entre tus flores,  
Te celebran al son de sus arrullos.  
¡Grandioso monumento,  
Que cantó el siboney en sus holganzas  
Cuando libre y contento  
En ti buscaba asiento,  
Caracoles, cocuyos y "esperanzas"!

En ti hallaban abrigo  
La triste indiana, el infeliz behíque  
Y el naborí mendigo;  
Fuiste mudo testigo  
De la afrentosa muerte de un cacique.  
Tú oíste sus clamores,  
Cuando agobiado por feroz tormento,  
Sufrió agudos dolores;  
Y entre tus bellas flores  
Sepultó sus cenizas blando viento.

¡Con audaz desenfreno,  
Sobre la raza de los negros ojos  
Bramó iracundo el trueno,  
Y tú siempre sereno,  
Y mudo espectador de tus despojos!  
De oprobios y maldades,  
De guerra horrible, de exterminio y duelo  
Huyeron las edades  
Y templos y ciudades  
Alzarse viste en nuestro fértil suelo.

¡Oh! ¡Salve a ti mil veces,  
Esplendoroso monte de Turquino!  
¡Salve a ti que te meces,  
Y te alzas que pareces  
De todo un Dios el tronco peregrino!  
Tu espléndida figura  
Y tu sublime magnitud admiro:  
Te canto con fe pura,  
Bendigo tu hermosura  
Y tengo siempre para ti un suspiro.

Murmuras y te meces,  
Al grato son del viento matutino,  
Encantas y floreces  
Y te alzas, que pareces  
Del Ser Supremo el tronco peregrino.

## LA PRIMAVERA

Ya vino la primavera  
Sobre nuestros campos bellos  
Y el sol fulgurante en ellos  
Fuertemente reverbera.  
En la selva. y la pradera,  
Cantan ya los ruisseños,  
Los zorzales trinadores  
Alzan alegres el vuelo,  
Y ya se entapiza el suelo  
De hierbas, plantas y flores.

Susurran los platanales  
Al pausado son del viento,  
Y con blando movimiento

Se oyen murmurar los mares.  
Ostentan ya los palmares  
Verde pompa de esmeralda,  
Y del cerro allá en la falda,  
Para mayor hermosura,  
El limpio arroyo murmura  
Y el sol las peñas escalda.

Nubes de varios colores  
De tarde en el firmamento,  
Vagan a merced del viento  
Formando dulces rumores.  
Los humildes labradores  
Siembran las tierras que abonan  
Sus cosechas amontonan,  
Gozan de dúlcidas calmas,  
Y a las sombras de las palmas  
Alegres trovas se entonan.

Las guajiritas hermosas  
Tan sencillas como ufanas,  
Corren por esas sabanas  
Detrás de las mariposas.  
De las flores más hermosas  
Contemplan los ramos bellos,  
Y mientras juegan con ellos  
Y hacen preciosas guirnaldas,  
En sus trigüeñas espaldas  
Lucen sus negros cabellos.

Ya sonríen nuestros prados,  
Florece el guao en las costas  
Y en las veredas angostas  
Rebraman ya los ganados.  
Ya los montes escarpados  
Verdes y bellos se ven,  
El Cauto undoso también  
Un grato murmullo forma,  
Y mi Cuba se transforma  
En un delicioso edén.

Frutos ostentan las jaguas,  
Los atejes y mameyes,  
Reverdecen los jagüeyes  
Y óyense crujir las yaguas.  
Fuertes y copiosas aguas



Fertilizan los terrenos.  
Cristalinos y serenos  
Están ya los lagunatos,  
Y de noche algunos ratos  
Se escuchan lejanos truenos.

Todo seduce y encanta  
Bajo nuestro sol ardiente,  
Cuba hermosa y esplendente  
Su regia frente levanta.  
Vegeta la estéril planta  
De la sabana en la orilla,  
La pura atmósfera brilla,  
Pare el corajo en las sierras,  
Brotan flores de las tierras  
De nuestra feraz Antilla.

Ya vendrán las noches bellas  
En que después de un aguaje  
No empañe ningún celaje  
El fulgor de las estrellas.  
Se escucharán las querellas  
De las aves nocturnales,  
Crujirán los colosales  
Arboles del bosque umbrío,  
Y oiremos crecido el río  
Sonar en los pedregales.

También vendrán las mañanas  
En que la neblina densa,  
Extienda su capa inmensa  
Sobre las verdes sabanas.  
Las ceibas americanas  
Se alzarán sobre los montes,  
Los melodiosos sinsontes  
Cantarán acá y allá  
Y el sol iluminará .  
Los cubanos horizontes.

Yo recorreré cantando  
Los terrenos que poseo,  
Y de mi tiple el punteo  
Será delicioso y blando.  
Subiré de vez en cuando  
A la elevada colina,  
Y la flor más peregrina

Sabré coger diligente,  
Para engalanar la frente  
De mi adorada Rufina.

¡Oh, deliciosa estación!  
¡Epoca de dulce encanto!  
Yo te bendigo y te canto  
De mi dura lira al son.  
Gratísima inspiración  
Siento bullir en mi mente  
Al cielo elevo la frente,  
Tus mil bellezas admiro,  
Y me gozo cuando aspiro  
Tu fresco vernal ambiente.

## LOS INDIOS DE CUEIBA

I

(A don Francisco Agüero y Agüero. )

¡Cueiba está aquí! Sus montañas  
Ostentan regios verdes,  
Y aquí se abren las flores  
Más primorosas y extrañas;  
En medio de sus montañas  
Se alzan cedros y jagüeyes,  
Y allí en rústicos caneyes  
Hechos de pencas de palma  
Gozaron de dulce palma  
Los más nobles siboneyes.

Los más bellos de la raza  
Hija del agua y del sol,  
Aquí al son del caracol  
Blandieron la fuerte maza,  
Invencibles en la caza,  
Pobres en hacer cosechas,  
Por las veredas estrechas  
Que hay del monte en los declives  
A los perversos caribes  
Ahuyentaron con sus flechas.

Ellos con tostada, faz  
Fueron siempre en nuestra tierra  
Bravos en días de guerra,  
Buenos en tiempos de paz.  
En la llanura feraz  
Do se alzaban sus caneyes,  
Vivían con pocas leyes  
Bajo el ateje y la ceiba:  
Tales fueron los de Cueiba.  
Extinguidos siboneyes.

Aquí las indias morenas,  
Como ningunas hermosas,  
Fueron castas, pudorosas,  
Cual las blancas azucenas.  
De gracia y encanto llenas  
y esbeltas cual las jocumas  
De los cedros y yagrumas  
Lindas hamacas colgaron,  
y en sus sienes ostentaron  
Las más primorosas plumas.

Candorosas y modestas,  
Con negros ojos rasgados,  
Suspiraban en los prados  
Y en las hermosas florestas.  
Se adornaban en las fiestas  
Con plumas de mil colores,  
Guirnaldas de bellas flores  
En los cabellos llevaban  
y en sus areítos cantaban  
Sus dichas y sus amores.

Fueron las indias doncellas  
De aquella estirpe salvaje,  
Puras como del guairaje  
Las flores blancas y bellas.  
Otras no hubo como ellas  
Ni en Jagua ni en Camagüey.  
Bajo el cielo siboney  
Fueron las más afamadas,  
Las más dulces y agraciadas  
De la primitiva grey.

De los prados florecientes  
Sobre los bellos tapices,

Fueron hermanos felices  
y vasallos obedientes.  
Suspiraban inocentes  
Bajo la palma y el pino,  
Del sol fulgente y divino  
Adoraron los destellos,  
Pero... Brilló para ellos  
Nueva edad, nuevo destino.

## II

Brilla en Cuba el mismo sol,  
Cantan los mismos sinsontes,  
En los valles y en los montes,  
Suena el mismo caracol;  
El mismo hermoso arrebol  
Cubre los altos corojos,  
En los horizontes rojos  
El mismo viento murmura,  
Mas ¡ay!... es ya su hermosura  
Admiración de otros ojos.

De un bajel junto al bauprés  
Entre convicción y duda,  
La contempla y la saluda  
El osado genovés.  
De las rocas al través  
Mira los montes cubanos,  
Y al ver tan floridos llanos,  
Exclama con voz gozosa:  
"Es la tierra más hermosa  
Que vieron ojos humanos."

Olvidó el audaz marino  
Sus pasados sinsabores,  
Y ante tan raros primores  
Vio sonreír su destino.  
Con afán dulce y divino,  
Con entusiasmo profundo,  
De un sol hermoso y fecundo  
Y la esplendorosa luz,  
Elegir hizo la cruz  
Del Gran Redentor del mundo.

Los sencillos habitantes  
En vez de huir pavorosos,  
Se acercan todos, ansiosos  
De ver a los navegantes:  
Les llevan plumas brillantes  
De diferentes colores,  
Les llevan fragantes flores  
De las recónditas grutas,  
Ricos pescados y frutas,  
Y cocuyos brilladores.

Los venturosos marinos  
Viendo cosas tan extrañas  
Se internan en las montañas  
Y en los bosques peregrinos.  
Oyen del zorzal los trinos,  
De la sierra la aspereza:  
Admiran tanta belleza,  
Tantas flores, tantos prados,  
Y bendicen extasiados  
Tan feraz naturaleza.

Y allí Cristóbal Colón  
Clavó en la diestra mano  
Del monarca castellano  
el espléndido pendón.  
Del viento al pausado son  
Flotó el primoroso lino,  
El intrépido marino  
De nuevo al sol saludó,  
Y para Cuba brilló  
Nueva edad, nuevo destino.

### III

En medio de unos profundos  
Y floridos cenegales,  
Se arrastran unos mortales  
Como reptiles inmundos.  
El sol con rayos fecundos  
Los fatiga en los pantanos,  
Llevan de noche en las manos  
Hermosísimos cocuyos...  
Eran Ojeda y los suyos,  
Desdichados castellanos.

A tanto afán y fatiga  
En balde buscan consuelo:  
Parece que el mismo cielo  
Su loca audacia castiga.  
A sollozar los obliga  
Su negra estrella contraria;  
A Dios su humilde plegaria  
Elevan en sus quebrantos,  
Y allí encuentran unos cuantos  
Triste tumba solitaria.

En aquella situación  
Tan funesta y angustiosa,  
A una imagen dolorosa  
Rindieron adoración.  
Postrados en la inacción,  
Abatidos de pesar,  
La bendicen sin cesar  
Cuando sus males acrecen  
Y en mejor sitio le ofrecen  
Una Ermita y un altar.

Y sufren los castellanos  
Las más crueles agonías  
Treinta noches, treinta días  
En medio de los pantanos.  
Bajo los mangles lozanos  
Lloran su suerte contraria  
Y al rumor de la plegaria  
Que entonan en sus dolencias  
Deploran las consecuencias  
De su empresa temeraria.

Mas ya de tantos rigores  
Se apiada el cielo divino,  
Y los impele el destino  
Por otras sendas mejores:  
Hermosas plantas y flores  
Contemplan los castellanos,  
Al cielo elevan sus manos  
Sobre la tierra que pisan  
Y allá a lo lejos divisan  
Unos montes y unos llanos-

Mientras alegres respiran  
Y se encomiendan a Dios,  
Caminan todos en pos  
De las montañas que admiran.  
Entusiasmados suspiran  
En los valles y en los prados;  
En los jigües encumbrados  
Oyen cantar el solibio,  
Y en Cuba encuentran alivio  
A sus desastres pasados.

De aquel país las indianas,  
Al son de los caracoles,  
Llevan a los españoles  
Las frutas más delicadas.  
Les dan las tortas doradas  
De sus redondos burenes,  
Con regocijos perennes  
Cantan bajo las yagrumas,  
Y les regalan las plumas  
Que llevan sobre sus sienas.

Las indias de negros ojos  
Benévolas y sumisas,  
Le regalan las sonrisas  
De sus dulces labios rojos.  
Cocos, mangos y corojos  
Les ofrecen a dos manos  
Y al verlas los castellanos  
Tan gallardas y hechiceras  
Las buscan por las praderas  
Y las siguen por los llanos.

Allí el Capitán Ojeda  
Por cumplir lo que ofreció,  
Una Ermita edificó  
En medio de una arboleda:  
Por una estrecha vereda  
Entre odoríferas flores,  
De Cueiba los moradores  
Llegan humildes a ella,  
adoran la imagen bella  
De la Virgen de Dolores.

Mientras algunas indianas  
Dulces areitos entonan,

Otras la imagen coronan  
Con hojas de las sabanas.  
De las altas yuraguanas  
Cortan las flores hermosas,  
Tejen guirnaldas preciosas,  
Forman primorosos ramos,  
Y al dulce son de los guanos  
Bailan gallardas y airosas.

Allí en la primer Ermita  
Que contempló el siboney  
Aquella inocente grey  
Se postra con fe contrita.  
En Dios el indio medita  
Y absorta un momento queda;  
Oye en la verde arboleda  
El manso rumor del viento,  
Y en el santo monumento  
Bendice el nombre de Ojeda.

Pasan tres siglos. No existe  
La raza de negros ojos,  
El sol con sus rayos rojos,  
De gala el campo reviste:  
Aún se recuerda la triste  
Peregrinación de Ojeda.  
Aquella misma arboleda  
Susurra al compás del viento,  
Pero de aquel monumento  
Ningún vestigio nos queda.

## LA ALBORADA

(A D. Eligio E. Capiro. )

Huye la noche sombría  
Al son de céfiros suaves,  
Y nos anuncian las aves  
La vuelta del nuevo día:  
Todo es luz y poesía,  
Todo es encanto y belleza,  
El zorzal en la maleza  
Extiende sus pardas alas,



Y ostenta sus ricas galas  
La feraz naturaleza.

Susurra el verde palmar,  
Y la luz de la alborada  
Dora la roca empinada  
De las orillas del mar:  
Se admira el tenue brillar  
De la estrella matutina,  
Muere la densa neblina,  
Cruje el Cedro allá en los montes,  
a los bellos horizontes  
El sol naciente ilumina.

Se elevan los cocoteros  
Cubiertos de ígneo arbol,  
Cuando el rubicundo sol  
Vierte sus rayos primeros:  
Los mangos y limoneros  
Forman plácidos rumores,  
Lucen las gallardas flores  
Esmaltadas de rocío,  
Y las corrientes del río  
Halagan con sus rumores.

Dicha inmensa es divisar  
Las elevadas yagrumas,  
Y ver las blancas espumas  
Sobre las olas del mar:  
¡Oh! qué hermoso es contemplar  
Los transparentes celajes  
Sobre los bellos paisajes  
Que forman el monte sombrío,  
Y ver cuajado el rocío  
De las ceibas en los ramajes.

Del espeso caimital  
Sobre las ramas preciosas,  
Las pintadas mariposas,  
Buscan la luz matinal:  
Del mar en el litoral,  
Entre mangles tembladores,  
A los primeros albores  
Lucen las rocas brillantes  
Y sus pétalos fragantes  
Empiezan a abrir las flores.

Yo sin amargas congojas,  
Sin pesar que me atormente,  
Veo asomar por el oriente  
Las nubes blancas y rojas:  
Oigo el rumor de las hojas  
Y el ruido de la cascada,  
En torno de mi morada  
Oigo el viento que suspira  
Y canto al son de mi lira  
La vuelta de la alborada.

Contemplo el azul del cielo,  
Admiro el verdor del monte,  
Oigo el trino del sinsonte  
Y el rumor del arroyuelo:  
Con el más ardiente anhelo  
Vuelvo al sol una mirada,  
Y en mi rústica trovada  
Digo al compás de mi lira:  
¡Dichoso el que en Cuba admira  
La vuelta de la alborada!

Recorro los campos bellos  
De estas verdes cercanías,  
Do los soles de otros días  
Han tostado mis cabellos.  
Alegre bendigo en ellos  
El astro que me ilumina,  
Y de la hermosa colina  
En las florecientes faldas,  
De flores tejo guirnaldas  
Para mi humilde Rufina.

Oígo la alegre canción  
Del guajiro laborioso,  
Que de trabajar ansioso  
Abandona su mansión:  
Muere el fúnebre crespón  
De la noche que horroriza,  
El viento las aguas riza  
Con sus ráfagas ligeras,  
Y sonríen las riberas  
Que el Hórmigo fertiliza.

Contemplo entre los espinos  
Que se alzan en las sabanas,  
De las verdes palmas canas  
Los pimpollos peregrinos:  
Los albores matutinos  
Iluminan la explanada,  
El alma admira extasiada  
Del cielo azul los colores  
Y anuncian aves, y flores  
La vuelta de la alborada.

El que en Cuba no ha admirado  
Ese momento precioso,  
No ha visto lo más hermoso  
Que el Ser Supremo ha creado:  
Mírelo el que dominado  
Por amargo escepticismo,  
Tema bajar al abismo  
Sin Dios a quien bendecir,  
Y así evitar el morir  
En brazos del ateísmo.

¡Oh! Venid, mis compatriotas,  
A los montes de las Tunas,  
Donde al alba en las lagunas  
Suelen volar las gaviotas:  
Venid a escuchar las notas  
De mi rústica trovada,  
Y en mi florida llanada  
Decid al son de mi lira:  
-Dichoso el que en Cuba admira  
La vuelta de la alborada.

A RUFINA

(Desde una ciénaga)

Aquí, mi prenda querida,  
De esta ciénaga en el centro,  
Gratos solaces encuentro  
Y paso alegre la vida.  
Aquí se ve entretejida  
La verde y silvestre grama,  
El agua que se derrama

Forma dúcidos rumores,  
Y ostenta variadas flores  
La ensenada de Virama.

No se alzan aquí caobas,  
Cedros, ceibas ni palmeras,  
Pero se extienden rastreras  
Las flores de verdes aves.  
Aquí entono yo mis trovas  
Aquí te canto, mi bien,  
Oigo del mar el vaivén  
Cuando el céfiro lo arrulla,  
El graznido de la grulla,  
Y el murmullo del jején.

Me distraigo algunos ratos  
Los pantanos recorriendo,  
Y entre los juncos oyendo  
Las yaguasas y los patos,  
Los manglares inmediatos  
Crujen noches y mañanas,  
Y allá en las playas lejanas  
Pasan cantando la vida  
Los patos de la Florida  
Los títeres y guananas.

Si bellas de Cuba son  
Las selvas y las colinas,  
Si sus fieras peregrinas  
Halagan mi corazón,  
Hoy de dulce inspiración  
Siento aquí el influjo santo,  
Pienso y medito y en tanto  
Que mi corazón delira,  
Al son de mi pobre lira  
Gozoso la voz levanto.

Bellas son estas riberas  
Donde se arrastra el carey,  
Donde florece el quivey  
Entre verdes cortaderas.  
Cubiertas de verde lama  
Y si sobre ellas derrama  
Su blanco brillo la luna,  
Es bella como ninguna  
La ciénaga de Virama.

Cantan aquí los guareaos  
Y silban los gavilanes,  
Y entre el agua los caimanes  
Persiguen a los dajaos.  
Se alzan corpulentos guaos  
Allá en las costas vecinas,  
Y en las aguas cristalinas  
Suelen verse retratadas  
Las numerosas bandadas  
De mil aves peregrinas.

De estos floridos pantanos  
Junto a las márgenes bellas  
Casi distingo las huellas  
De los antiguos cubanos.  
De algunos montes lejanos  
Contemplo el verde capuz,  
Y cuando del sol la luz  
Esparce tibios reflejos,  
Me gozo viendo a lo lejos  
Las rocas del Cabo Cruz.

¡Oh! si me vieras, bien mío,  
Tal vez te causara asombro,  
Con una escopeta al hombro,  
Entre el junco y el macío:  
Cuando ruge el mar bravío  
Y brama iracundo el trueno,  
Palpita mi joven seno  
De mis venturas en pos,  
Y pienso en Cuba y en Dios,  
Con rostro firme y sereno.

Si me vieras caminando  
Al son de dulces rumores  
Sobre estas plantas y flores  
Que arrulla el céfiro blando:  
Si vieras dé vez en cuando  
La concha de una caguama,  
Sobre la menuda grama,  
A suspirar te pusieras  
Y conmigo bendijeras  
La ciénaga de Virama.

Aquí se goza, y aquí,  
Sobre las blancas espumas,  
Ostenta sus bellas plumas.  
El precioso colibrí.  
Aquí nada el bonasí,  
Brilla la arena en las playas,  
e elevan como atalayas  
Los mangles verdes y bellos  
Y alegres cantan en ellos  
Encarnadas guacamayas.

En medio de estos manglares  
Que se columpian gentiles  
Brillan las conchas, reptiles,  
Y caguamas de los mares.  
Al compás de mis cantares  
Y al son de mi pobre lira,  
La garza en el aire gira,  
Cantan las bellas gaviotas,  
Y el murmullo de mis notas  
Entre bázaros expira.

En fin, entre mil delicias  
Y bellezas que resaltan,  
Únicamente me faltan  
Tus besos y tus caricias.  
Gozo aquí gratas franquicias,  
Contemplo este panorama,  
Aquí mi mente se inflama  
Y bendigo mi fortuna,  
Que es bella como ninguna  
La ciénaga de Virama.

## A RUFINA

(Desde un ingenio)

Aquí me tienes, chinita,  
En este grandioso ingenio,  
Merced a mi alegre genio  
Pasando vida exquisita:  
Mientras mi pecho palpita  
Te canto con voz de tuba,  
Porque aquí todo coadyuva

A que bien mi lira vibre,  
Y respiro el aire libre  
De los campos de mi Cuba.

De noche cuando me acuesto  
Me embeleso y ¡ay de mí!  
Me pongo a pensar en ti  
De mi cansancio repuesto.  
Nada encuentro aquí molesto,  
Todo me alegra y agrada,  
Oigo la bella animada  
De los duchos carreteros,  
Las voces de los paileros  
Y el rumor de la negrada.

Como yo aquí, mi cubana,  
Con negro afán nunca lucho,  
Me levanto cuando escucho  
El toque de la campana;  
A las seis de la mañana  
El café suelo tomar,  
Y silbando sin cesar  
Lo mismo que un clarinete,  
Arrebato mi machete  
Y me voy a trabajar.

Aquí se dobla una caña,  
Allá un matojo se tiende,  
Y de trozos se suspende  
Una pila ya tamaña:  
La gente que me acompaña  
Se anima al ver mi destreza,  
Hacia el corte se endereza  
Con loca festinación,  
Y a echar trozos al montón  
Con loco furor empieza.

Yo trabajo concibiendo  
Felices y alegres planes,  
En tanto que los gañanes  
Van la caña recogiendo:  
Al son del terrible estruendo  
Se alzan grandes polvaredas,  
Y entre verdes arboledas  
De plátanos y mameyes,

Tiran valientes los bueyes  
Y crujen ejes y ruedas.

Brilla el sol, sopla el terral,  
La atmósfera está serena;  
Y a cada instante resuena  
La cuarta del mayoral.  
Inmenso cañaveral  
Se extiende verde y sereno,  
Le acometemos de lleno  
Formando varios piquetes,  
Y al golpe de los machetes  
Dejamos limpio el terreno.

Por lo dicho, prenda mía,  
Ya te puedes figurar  
En lo que suelo pasar  
Toda la noche y el día;  
Es completa mi alegría,  
Es cabal mi bienandanza  
Y según el tiempo avanza  
Y se acerca el mes entrante,  
De tener plata bastante  
Alimento la esperanza.

Sólo tengo el sentimiento  
De encontrarme de ti ausente,  
Sin ver tu espaciosa frente,  
Sin oír tu dulce acento:  
Mas ningún mal pensamiento  
Viene mi dicha a turbar,  
Pues nunca puede dudar  
Que tu amor, que es mi consuelo,  
Es tan puro como el cielo,  
Tan inmenso como el mar.

Adiós, pues, adiós, adiós,  
Adorada prenda mía,  
Adiós hasta el fausto día  
En que nos veamos los dos;  
Ya voy de la cama en pos,  
Porque tengo mucho sueño  
Y que con mayor empeño  
Voy a trabajar mañana:  
Adiós, mi dulce cubana,  
Bella de rostro trigueño.



## A RUFINA

Objeto de mis amores,  
Ven al verde caimital,  
Ven a escuchar del zorzal  
Los trinos embriagadores,  
Verás a los ruiseñores  
Saltar en el zaragüey,  
Ven, hija del Camagüey,  
De mis ojos embeleso,  
Ven a concederme un beso  
"Allí donde habrá un jagüey".

Aquí olvidados del mundo  
Y de su gala mentida  
Hemos de pasar la vida  
En regocijo profundo.  
De Cuba el suelo fecundo,  
Nos dará vital sustento,  
Y su limpio firmamento  
Contemplaremos en suma,  
Bajo la blanca yagruma  
"O algún cedro corpulento".

Aquí placeres gozando  
Oirás, mi querida indiana,  
Cual celebran la mañana  
Las avejillas cantando,  
Viviremos respirando  
Amor, dulzura y contento,  
Y la caoba que el viento  
Haga estremecer airado,  
A nuestro amor sublimado  
"Que sirva de monumento".

Beberemos agua fresca  
Del arroyo cristalino,  
Que entre su flotante lino  
Brinda regalada pesca.  
Y en la cima pintoresca  
Donde se eleva el cupey,  
Donde se enreda el seivey

Coronando el cardosanto,  
Entonaremos un canto

"A la memoria de Hatuey".

En los frondosos mameyes  
Y en las jaguas encumbradas  
Contemplantas las bandadas  
De cotorras y cateyes.  
Oirás rebramar los bueyes  
De las estancias vecinas,  
Y en las aguas cristalinas  
Del susurrante arroyuelo,  
Verás retratado el cielo  
"Y tus facciones divinas".

Recorreremos los dos  
Nuestras feraces campiñas  
Y entre los mangos y piñas  
Bendeciremos a Dios,  
De mil delicias en pos  
Iremos a las montañas  
Y en las humildes cabañas  
Cuya sencillez bendigo.  
Comeré junto contigo  
Dulces y sabrosas cañas.

Tú sembrarás un papayo  
Donde mejor te parezca  
Y con agua harás que crezca  
Más alto que un pararrayo.  
Oirás en dulce desmayo  
Mil cosas que te diré,  
Y cuando la noche esté  
Lloviznosa, oscura y fría,  
Entre sueños, china mía,  
Mi suerte bendeciré.

Debajo de un cocotero  
Que crece a orillas del río,  
Hablaemos, ángel mío,  
De nuestro amor verdadero.  
Allí referirte quiero  
Mis historietas cubanas,  
Y entre chistes y jaranas  
Besos y cantos de amores,

Te coronaré de flores  
De nuestras bellas sabanas.

De los hondos lagunatos  
Que hay en las vegas del río,  
Entre el junco y el vacío  
Verás andando los patos.  
Se cifrarán mis conatos  
En amarte y complacerte,  
Y para más convencerte  
De mi amor inmenso y noble,  
Te juraré bajo un roble  
Ser tu amante hasta la muerte.

Y en fin, para terminar  
Mi invitación este día,  
Te llevaré, indiana mía,  
A los esteros del mar.  
Allí te podrás bañar  
A la sombra del bambú,  
Y mientras que nadas tú  
Y tu calor apaciguas,  
Te contaré las antiguas  
Ocurrencias del Perú.

#### A RUFINA, INVITACIÓN SEGUNDA

Con sus aguas fecundantes  
Tenemos aquí el octubre  
Y ya la tierra se cubre  
De bellas flores fragantes.  
Los jobos se ven boyantes  
En las corrientes del río;  
El guajiro en su bohío  
Canta con dúlcido afán,  
Y pronto se acabarán,  
Los calores del estío.

Tengo, Rufina, en mi estancia,  
Paridas matas de anones,  
Cuyos frutos ya pintones  
Esparcen dulce fragancia:  
Hay piñas en abundancia

Dulces así como tú;  
Hay guayabas del Perú  
Y mameyes colorados,  
Que comeremos sentados  
Bajo el alto sabcicú.

Tú en mi caballo alazán  
Y yo en la yegua tordilla  
De la estancia por la orilla  
Correremos con afán.  
Verás qué verdes están  
Los palmares inmediatos,  
Contemplantos los boniatos,  
Y las cañas bulliciosas  
Y en éstas y en otras cosas  
Pasaremos bellos ratos.

Pronto verás las orillas  
Del arroyo y las barrancas,  
Cómo se cubren de blancas  
Y fragantes campanillas.  
Las ciruelas amarillas  
Están madurando ya,  
Muy pronto sazonará  
La fresca y sabrosa caña,  
Y el mijo allá en la montaña  
También madurando está.

De tarde recogerás  
Los huevos del gallinero  
Y mi ordinario sombrero  
Lleno a la casa traerás:  
Un gallo giro verás  
Que pienso poner en traba.  
Porque los pollos me acaba  
Con su maldita fiereza;  
Ven, chinita, que ya empieza  
A madurar la guayaba.

Te llevaré a un colmenar  
Con cuyos productos medro,  
Y que está bajo de un cedro  
Al fondo del platanal;  
La miel te daré a probar  
Si miedosa no te alejas,  
Y sobre unas palmas viejas

Alterosas por demás,  
A los pitirres verás  
Asechando a las abejas.

Si a caminar te sonsaco  
Por las riberas del río,  
Contemplantas, ángel mío,  
Lindas vegas de tabaco.  
Allí oyendo el chinchiguaco  
Por entre una y otra calle  
Tu pulidísimo talle  
Sin rival te lucirá,  
Y esbelto se mecerá  
Como la palma en el valle.

De un ingenio que hay vecino  
Te enseñaré los primores,  
Los negros trabajadores  
Y las pailas y el molino.  
De blanco azúcar refino  
Verás al sol los tendales,  
Y allá en los cañaverales  
Has de oír aunque te inquietes,  
Fuertes golpes de machete,  
Voces de los mayores.

De un cafetal inmediato  
Entre mil bellos objetos,  
Los florecidos cafetos  
También de enseñarte trato:  
Allí descansando un rato  
A la fresca sombra de ellos,  
Cantaré tus ojos bellos,  
Tus encantos soberanos,  
Y te estrecharé las manos  
Y besaré tus cabellos.

Y en fin, cuando nos cansemos  
De tanto correr ufanos,  
Cantando versos cubanos  
A mi estancia volveremos.  
Allí mil cosas haremos  
Que quedarán inter-nos  
Y descansando los dos  
Sobre rústicos asientos,

Bendeciremos contentos  
A nuestra Patria y a Dios.